

EL SANTO QUE NO QUISO SER MÁRTIR (n° 198)

El pasado mes de octubre, el papa Benedicto XVI canonizó en Roma a Rafael Guízar y Valencia, primer obispo americano que sube a los altares. Es un santo atípico, divertido y genial. Cuando se conozca su vida, no faltarán quienes le propongan como patrono de los parranderos.

Un niño músico

Rafael nació en un pueblo de Michoacán (México) llamado Cotija. Sus padres se llamaban Prudencio y Natividad. Eran propietarios de la hacienda de San Diego y pudieron educar a sus once hijos en buenos colegios, en las labores del campo y en la vida cristiana. Dos de los varones, Antonio y Rafael, llegarían a ser obispos y dos de las mujeres religiosas teresianas. Rafael tenía cualidades especiales para la música y aprendió a tocar piano, acordeón, guitarra, mandolina y violín. Este talento y aprendizaje le sería muy útil para su ministerio e, incluso, para salvar la vida, como veremos. De niño se sintió llamado al sacerdocio. Huérfano de madre desde los nueve años, se puso bajo el amparo de Nuestra Señora de San Juan del Barrio, de especial devoción en la región. Los primeros estudios eclesiásticos los hizo en el Seminario Auxiliar o Menor de Cotija. A los 18 años ingresó en el Seminario Mayor de Zamora y poco después falleció su padre. Decidió entregar su vida a Dios y a la salvación de las almas.

Un cura misionero

Una vez ordenado de sacerdote en 1901, el obispo le llevó de acompañante en las Visitas Pastorales. En aquellos recorridos, el joven Rafael aprendió a ser misionero apostólico, ministerio que nunca dejaría de ejercer en todos los destinos. En efecto, siendo Director Espiritual y Profesor del Seminario, enseñó a los alumnos "el arte del apostolado". Luego, siendo canónigo de la catedral, el papa León XIII le nombró misionero apostólico, lo que le facultaba a predicar no sólo en México sino en otros países. En efecto, misionó en Cuba, Guatemala, Colombia y el Sur de Estados Unidos. Siempre predicaba la doctrina cristiana y compuso un sencillo catecismo adaptado para los más sencillos.

Más sagaz que los hijos de las tinieblas

La revolución y la persecución religiosa estalló en México en 1910. Don Rafael siguió trabajando con el mismo celo apostólico, pero en la clandestinidad. Para ello tuvo que agudizar al máximo su ingenio. Se trataba de sobrevivir para seguir haciendo el bien, y lo consiguió con creces. Ayudar y salvar a los soldados que luchaban en el frente pasó a ser su tarea prioritaria. Predicaba sin rubor el evangelio, auxiliaba a los heridos y administraba los sacramentos a los moribundos. Disfrazado de vendedor de baratijas, se infiltró como capellán en el ejército zapatista. En dos ocasiones le descubrieron y le condenaron a muerte, pero logró escaparse con tal astucia que los relatos podrían servir para una película de Berlanga o para un programa de humor de Gila. La primera vez, cuando ya estaba ante el pelotón de fusilamiento, sacó del bolsillo unas monedas de oro y un reloj y los tiró al aire. Los soldados se lanzaron a tierra para coger algo de aquellos inesperados dones, lo que aprovechó la víctima para salir corriendo y desaparecer del lugar. En la segunda, pidió a los soldados un acordeón y organizó con ellos un tenderete de cantos, bailes y bebidas que terminaron todos borrachos. Al día siguiente le dejaron marchar convencidos de que aquel hombre "no era cura ni canónigo" y, agradecidos, le regalaron el acordeón y 25 pesos.

Amenazado de muerte por la persecución contra el clero católico, decidió ir al destierro convencido de que Dios y las almas le necesitaban en otros países. Misionó en Estados Unidos, Guatemala y Cuba. En 1919, estando en La Habana, recibió la noticia de que el papa Benedicto XV le había nombrado obispo de Veracruz.

18 años dando su vida cada día por los demás

El episcopado del Monseñor Guízar fue intenso y tenso. A pesar de las dificultades, fundó el Seminario porque "un obispo puede carecer de catedral, báculo o mitra, pero no de seminario". Recaudó fondos y destinó todo lo que tenía para los damnificados del terremoto de enero del año 1920. Con los pobres y desamparados fue siempre un padre solícito y bienhechor. Durante la persecución del gobierno de Calles pidió a los sacerdotes continuar con sus servicios desde el anonimato. Hasta tres veces sufrió el destierro. Al enterarse de que había una orden de arresto y una sentencia de muerte firmada contra él, se presentó en la oficina del gobernador Tejeda

para decirle: "He venido a demostrarle que soy respetuoso con la autoridad. Usted ha ordenado que me fusilen en el lugar que me encuentren. He venido para que usted mismo pueda darse el gusto de hacerlo, y evitar así que ninguno de mis fieles tenga que mancharse las manos disparando contra su Obispo". Este gesto de coherencia y valentía desarmó al gobernador, que retiró los cargos. Las pistolas no pudieron acabar con su vida, pero sí una dolorosa flebitis crónica. Falleció el 6 de junio de 1936, después de recibir el Viático y la Extremaunción de manos de su hermano Antonio, luego arzobispo de Chihuahua. Los restos de San Rafael Guízar y Valencia están depositados en la cripta de la catedral de Xalapa (Veracruz).

Noviembre de 2006.